

JACOBO LOBO

Cumpleaños lobuno

Paul van Loon

Ilustraciones de Hugo van Look

sm







Paul van Loon
Ilustraciones de Hugo van Look
Traducción de Gonzalo Fernández

JACOBO LOBO

Cumpleaños
lobuño

sm



Primera edición: marzo de 2010
Sexta edición: marzo de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Xohana Bastida y Patrycja Jurkowska

Diseño de cubierta: Versus

Traducción del neerlandés: Gonzalo Fernández

Título original: *Dolfje Weerwolfje 1*

© Del texto: Paul van Loon

© De las ilustraciones: Hugo van Look

Publicado por acuerdo con Uitgeverij Leopold B.V., Amsterdam, Países Bajos.
Todos los derechos reservados.

© Ediciones SM, 2010

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Para
Hadiya
y Manisha.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.

literaturasm
.com



JACOBO LOBO



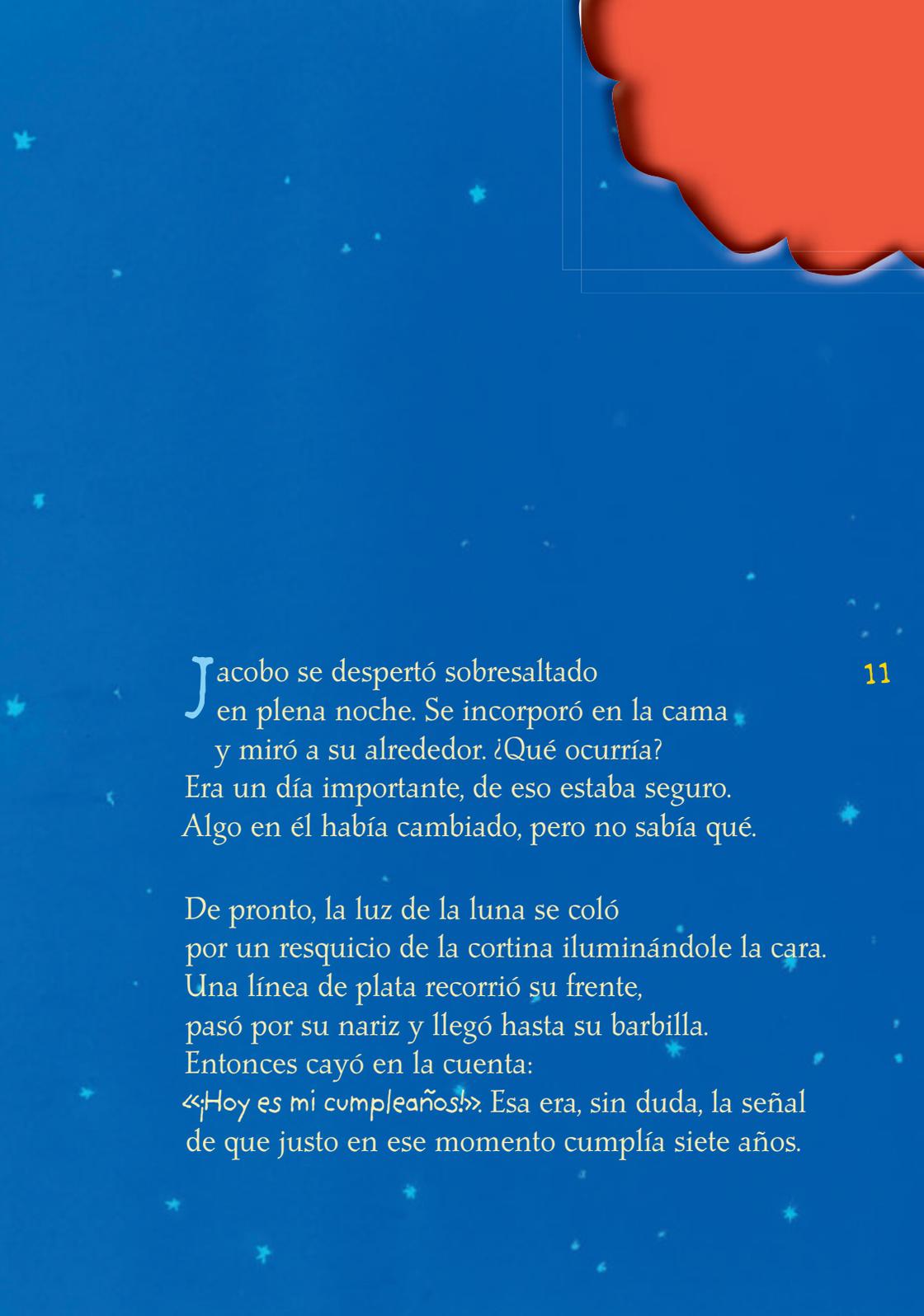
Capitulos

1•Siete	10
2•Aullidos	14
3•Pelo	20
4•Jirones	24
5•Salto	30
6•Chillidos	38
7•Sangre	44
8•Monstruo	48
9•Fantasma	56
10•Juan Sin Miedo	62
11•El lobo feroz	68
12•Sombra	76
13•¡Chof!	86
14•Accidente	92
15•Ducha	100
16•Lucha	108
17•¡No!	114
18•¡Acay!	122



19•Plan	126
20•Disfraz	132
21•¡Nachooo!	140
22•¡Mamáaa!	146
23•Zapatillas	154
24•El señor Bullón	164
25•Extraño	174
26•Aplauso	182
27•Dolor	190
28•Ojos	198
29•Alarma	206
30•Trampa	216
31•Negro	222
32•A la de tres!	228
33•Singular	234
34•Visita	242
35•¡Gravau!	248
La canción de Jacobo Lobo	262
	266

1•SIETE



Jacobo se despertó sobresaltado
en plena noche. Se incorporó en la cama
y miró a su alrededor. ¿Qué ocurría?
Era un día importante, de eso estaba seguro.
Algo en él había cambiado, pero no sabía qué.

11

De pronto, la luz de la luna se coló
por un resquicio de la cortina iluminándole la cara.
Una línea de plata recorrió su frente,
pasó por su nariz y llegó hasta su barbilla.
Entonces cayó en la cuenta:
«¡Hoy es mi cumpleaños!». Esa era, sin duda, la señal
de que justo en ese momento cumplía siete años.

¡Siete años! Ahora era casi tan mayor como Tino.
Su amigo Tino ya había cumplido ocho.
«Pero si sigo así», pensó Jacobo,
«le acabaré alcanzando, porque ayer
Tino tenía dos años más que yo, y hoy solo uno».
Demasiadas emociones
como para seguir metido en la cama.

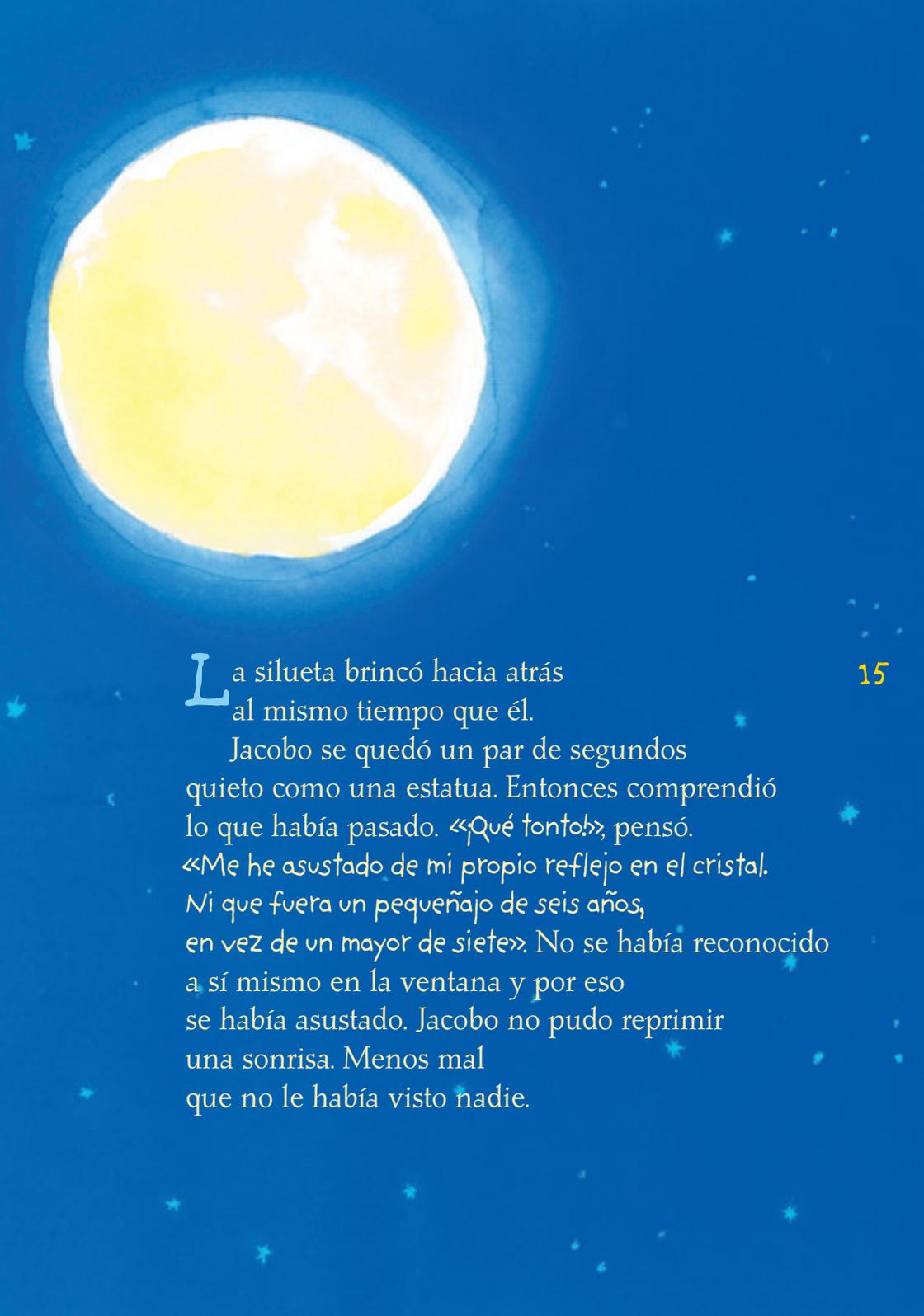
Cogió sus gafas de la mesilla, se las puso,
retiró las sábanas y se levantó de un salto.
Luego dio unos pasos por su cuarto:
sentía un extraño cosquilleo, una nueva sensación.
La ventana estaba entreabierta detrás de la cortina.
Los sonidos de la noche entraban en su habitación:
el cricrí de los grillos, el croar de las ranas,
crujidos de animales e insectos
que se movían bajo los arbustos...
Jacobo nunca había oído con tanta claridad.
Parecía como si los ruidos le llegaran amplificadas
por un altavoz. En ese instante, le llegó también
el olor del césped y de las plantas.



Jacobo pensó en sus padres. Siempre se acordaba de ellos el día de su cumpleaños. «¿Dónde estarán ahora? ¿Sabrán que ya tengo siete años?» El pensamiento se desvaneció en seguida: sus padres no eran más que unos desconocidos misteriosos de los que ya no recordaba nada. Ni siquiera sabía por qué se tenía que acordar ahora de ellos.

De repente le entró un picor terrible por todo el cuerpo, tan intenso que empezó a rascarse como un loco, pero no sirvió de nada. «A lo mejor se me quita con un poco de aire fresco», pensó, y descorrió la cortina. Detrás de la ventana había alguien; se veía perfectamente una silueta. Jacobo dejó escapar un grito y dio un salto hacia atrás.

2•AULLIDOS



La silueta brincó hacia atrás
al mismo tiempo que él.

15

Jacobo se quedó un par de segundos
quieto como una estatua. Entonces comprendió
lo que había pasado. «¿Qué tonto!», pensó.
«Me he asustado de mi propio reflejo en el cristal.
Ni que fuera un pequeñajo de seis años,
en vez de un mayor de siete». No se había reconocido
a sí mismo en la ventana y por eso
se había asustado. Jacobo no pudo reprimir
una sonrisa. Menos mal
que no le había visto nadie.

Abrió la ventana de par en par y miró hacia arriba mientras el aire de la noche llenaba sus pulmones. Nunca había visto una noche tan hermosa como aquella. La luz de la luna otorgaba al jardín un aspecto mágico y millones de estrellas cubrían el cielo de luces, como si fuera el decorado de una gran fiesta. Y todas ellas relucían y centelleaban en su honor, para celebrar que había cumplido siete años.



La luna llena, perfectamente redonda, brillaba con fuerza. Jacobo no podía apartar la mirada de ella. La luz de la luna bañaba su cara y resplandecía en los cristales de sus gafas.

Jacobó no sabía que uno podía sentir la luz de la luna, pero ahora la sentía. Era un resplandor frío que al mismo tiempo, por extraño que parezca, hacía que su piel ardiera. La luz se le extendió con un hormigueo por la nariz y los labios, pasó por la mandíbula y el cuello, y se deslizó bajo su pijama.

Era como si se le hubiera metido bajo la piel y fluyera por todo su cuerpo. La sensación resultaba agradable: una ducha de luz de luna.

Jacobo se sentía feliz y contento, a pesar de que le seguía picando todo el cuerpo. Se apoyó con las dos manos sobre el alféizar y abrió la boca tanto como pudo, como si quisiera beberse de un trago toda la luz de la noche. Le entraron unas ganas terribles de gritarle algo a la luna. Algo como: «¡Hola, luna! Hoy he cumplido siete años y no veas cómo pica».

Pero entonces salió de su garganta un ruido que nunca antes había hecho: un grito penetrante como el de un animal, del que él mismo se asustó. Horrorizado, se tapó la boca con la mano. ¿Había salido aquel sonido de su boca? No lo podía creer.

17



Confundido, levantó la mirada
hacia el cielo y,
sin poder evitarlo, gritó de nuevo
a la luna. Era un chillido agudo,
una especie de quejido:

—¡Aúuuuu, aúuuuu!

Al final, con gran dificultad,
consiguió cerrar la boca
y apretó con fuerza las mandíbulas.



Estaba completamente
desconcertado.
¿Qué le estaba pasando?
¿Era esto normal
al cumplir siete años?
¿Cambiaba la voz así,
de repente? ¿Empezaba uno
tan pronto a soltar gallos?
Tino nunca le había dicho
nada al respecto.
Abatido, Jacobo
dejó caer la mirada
sobre el alféizar,
donde tenía apoyadas
las manos. Estuvo a punto
de volver a gritar,
pero por suerte
consiguió taparse la boca
justo a tiempo.
Otra cosa horrible
acababa de suceder.
¡No reconocía
sus propias manos!



3•PELO



Jacobo tenía las manos cubiertas de pelo blanco,
y en los dedos le habían salido
unas uñas largas y afiladas.

Cerró los ojos y pensó: «Estoy soñando».

Pero cuando volvió a mirar,
el pelo y las uñas seguían allí.

Y le había pasado lo mismo en los pies:
estaban cubiertos de pelo blanco
y le habían crecido unas garras puntiagudas.

«Esto es una catástrofe», pensó el niño.

«¡Me han salido patas de animal!

¡Me han salido zarpas!».

Se giró hacia la ventana,
pero su reflejo en el cristal era muy oscuro.
Se veía deformado y tenía el pelo de punta,
o eso parecía. Unas orejas puntiagudas
sobresalían a los lados de su cabeza,
y parecía que llevaba puesto un abrigo de piel
muy grueso. Enormes matas de pelo
asomaban por las mangas y el cuello de su pijama.

«Qué horror», pensó Jacobo. «¿Este soy yo,
con todo ese pelo?». Desesperado,
miró a su alrededor. ¿Qué podía hacer? Jamás
le había sucedido algo así. No quería ni imaginarse
qué podía pasar si alguien le veía. La simple idea
le llenó de angustia y empezó a sentirse acalorado.

De repente,
notó que el pijama le apretaba demasiado.
Se arrancó la chaqueta de un tirón
y los botones salieron despedidos. Luego
se revolvió, pataleó y, «¡ris, ras!», rasgó el pantalón
hasta que pudo quitárselo. «¡Al fin libre!».

De su garganta salió un pequeño gruñido.
En la habitación seguía haciendo demasiado calor,

y se sentía encerrado. Aquellas cuatro paredes le parecían ahora una prisión. La luna le sonreía a través de la ventana, como diciéndole: «Sal afuera, Jacobo. Prueba la libertad». El niño volvió a apoyar las zarpas en el alféizar y empezó a mover la cola de un lado a otro, anhelante.

¿iCola!? Jacobo se miró por encima del hombro. Increíble, pero cierto: le había salido una cola de animal, una enorme cola de abundante pelo blanco. Justo en aquel momento, alguien llamó suavemente a la puerta de su habitación: «Toc, toc».

